



Autor: Max Aguirre González
Santiago, Editorial Universitaria, 2011

Dos reflexiones en torno a un libro

PRESENTACIÓN DEL LIBRO POR LA ANTROPÓLOGA SONIA MONTECINO AGUIRRE

La arquitectura moderna en Chile (1907-1942). Revistas de arquitectura y estrategia gremial

«El acontecimiento, el documento, no hablan de sí mismo; es decir, tienen una faz negra. Este retiro, este velamiento de una frase o de un acontecimiento, solo puede ser aclarado, develado, por otra frase que se encadena sobre ellos. Pero ella misma olvidará esa otra faz negra que lleva consigo y así sucesivamente. En esto, la historiografía más segura de sus documentos, de sus reglas de establecimiento del objeto, no escapa el lote común: sabemos que después de un acontecimiento, de una frase, hay que encadenar, pero que lo indeterminado es cómo encadenar» (Jean Louis Déotte, CATÁSTROFE Y OLVIDO; 238).

Todos y todas los que trabajamos con documentos –escritos, orales, gráficos, patrimoniales u otros– sabemos de eso indeterminado que opera como bisagra, eslabón o gozne entre la fuente y su escritura (la frase), pero también es gesto usual evadir esa zona negra, aún cuando la intuimos, percibimos y sentimos crepitar en la cadena de significados que queremos desatar desde la información «pura» al engranaje del texto. Sin duda, el profesor Max Aguirre autor de *La ARQUITECTURA MODERNA EN CHILE (1907-1942)*. *REVISTAS DE ARQUITECTURA Y ESTRATEGIA GREMIAL* se enfrentó a estos avatares de la mudez primaria de sus fuentes documentales, las revistas de

arquitectura chilena que son la materia y la base de su indagación doctoral. Podemos decir, luego de la lectura de su trabajo, que su forma de encadenar propone una novedosa mirada, al menos para quienes no somos expertos en el campo de la historia de la arquitectura chilena: ilumina un período (la primera mitad del siglo xx), da cuenta de la construcción de una política del habitar y registra el devenir de una profesión.

Se trata este de un libro estructurado en seis capítulos en los cuales se despliegan, a través de los discursos de las revistas, esos tres elementos anudados en la trama de la instalación de lo moderno desde el Estado y desde los actores que conforman el campo de la arquitectura, así como de las coyunturas geológicas que impulsan un tipo de construcción chilena. Es un texto que va pormenorizando las distintas aristas de una transformación espacial que muta desde el estilo, como código tradicional de la arquitectura, a la forma, racionalizada por la lógica económica, la biopolítica (la vivienda en serie para los pobres) y la profesionalización del arquitecto. «Creo que cuando la arquitectura del país dejó de responder al incentivo de los estilos se produjo la ruptura definitiva con la concepción anterior de la forma y se franqueó el paso a la

modernidad» (124). Si para Enrique Lhin el estilo de un poeta, es la suma de sus incertidumbres, el de la arquitectura era la «...transmisión de la tradición y los símbolos culturales. Aquellas formas que lograban ser incorporadas a un estilo estaban simultáneamente sancionadas ante la comunidad» (loc. cit.) y de allí se entiende la dificultad para transgredirlos. Max Aguirre muestra cómo en las revistas esta resistencia aparecía en la idea de «adaptar» los usos tradicionales a las nuevas condiciones e «inventar un estilo nacional», sin comprender que lo que realmente estaba sucediendo era una crisis en el propio concepto de belleza y decoración. En la transición del estilo a la forma se producirá, nos dice el autor, una práctica ecléctico-historicista en la cual subyace la tensión entre la definición de arquitecto y la de ingeniero, la que se expresa en la oposición ingeniería: útil-no bello/arquitectura: no útil-bello (podríamos extrapolar desde el punto de vista de las operaciones simbólicas relacionadas a los sistemas de prestigio y poder la oposición ingeniería masculino/arquitectura femenino).

Uno de los registros sugerentes del libro y que entrega luces sobre los cambios que desembocarán en la modernidad, como concepto y materialidad arquitectónica, se encuentra en la corriente de la «arquitectura

nacional», en tanto «*respuesta con que algunos arquitectos creyeron salvar la idea de estilo como instrumento de la composición que definía la apariencia de la arquitectura*» (144). La búsqueda de una identidad en medio de las necesidades de lo moderno hace volcar los ojos de los arquitectos hacia las expresiones indígenas; carente de la monumentalidad precolombina mexicana o peruana, solo con rukas percederas y precarias, la vía chilena recurrirá entonces al recurso del paisaje, de la naturaleza como emplazamiento y a los motivos decorativos característicos de los pueblos originarios (ciertamente con la idea que se pueden entender las materialidades artesanales como arte). Así se podía ser moderno, pero con una identidad nacional expresada en el entorno y en lo indígena como símbolo y espejo de lo chileno. No puedo dejar de mencionar —este es un velamiento del documento— revistas de arquitectura— que justamente en esta época las primeras organizaciones políticas mapuches comienzan a desplegar sus demandas y reivindicaciones (la Federación Araucana —desde 1926 a 1931—, los diputados Francisco Melivilú —en 1924 por el Partido Demócrata— y Manuel Manquilef, por el liberal en 1926).

Las élites ilustradas y quizás menos blanqueadas de la arquitectura se atrevieron a retomar lo indígena, como en el caso de Alfredo Cruz Pedregal que diseña un sillón con la cruz mapuche signada en las mantas-cacique para el pabellón de Chile en la exposición de Sevilla; pero como informa el autor esta tendencia no tuvo más presencia en las revistas hipotetizando que ello pudo deberse a la reforma de la enseñanza de la arquitectura y al propio movimiento de lo moderno que se entronizaba. Más allá de las críticas que se pueden hacer a la noción de arte nacional (con visos de racialización cultural en este caso), el debate que presenta el libro que comentamos da cuenta de la tensión permanente que ha habido en Chile respecto de la pertenencia, de lo «propio», de lo que somos y de lo que deberíamos ser; una polémica que como bien ilustra el texto se produce desde la élites que «diseñan» en este caso las políticas de la ciudad, del habitar, de sus flujos y de sus formas.

Mientras lo indígena aparece como pretexto para una búsqueda de identidad arquitectónica, la industria asociada a la construcción crece en manos de laboriosos propietarios, seguramente de origen migrante europeo como lo indican sus apellidos: talleres, herrerías, hojalaterías, calefacciones, cocinas a gas, sistemas de aireamiento que van mostrando la inscripción de lo moderno y del capital en el Chile de los años '30 y '40.

Son múltiples los pliegues que este libro sugiere y muchas las posibilidades de su lectura, desde una mirada antropológica, o más bien desde el recorte que hago desde la antropología simbólica, uno de sus valores radica en la puesta en escena de un devenir que toca los avatares de una disciplina, pero en cuyo movimiento arrastra, involucra y condiciona una cierta manera de ocupar los espacios, de construir las moradas y edificios públicos elaborada por las interpretaciones dominantes de las élites. Por otro lado, esa manera compromete el orden social que debe adaptarse, resistir o crear sobre sus diseños y proyectos. El libro obviamente no analiza estas aristas, me refiero a las respuestas subjetivas y de agencia de los sujetos que debieron asumir los cambios en su propia vida cotidiana, porque no es su objetivo, pero pueden colegirse del modo en que las revistas construyen ese orden del habitar moderno, en la medida en que las voces y los matices que las pueblan sugieren solo disputas al interior de quienes tenían el poder sobre esas transformaciones (la clase media ilustrada de la época). No están registradas, si es que las hubo, las opiniones de aquellos y aquellas que experimentaron la biopolítica de las casas en serie, de la estandarización y sus consecuencias en las concepciones de lo habitado y lo habitable.

Otro punto destacable es, que a diferencia de otras materias de investigación documental, los textos (revistas) de los que se nutre el libro tienen un correlato concreto en la materialidad arquitectónica desplegada en el registro fotográfico, que muestra la cristalización de las ideas de lo moderno y del cambio. Así la confrontación entre escritura, imaginarios textuales e imagen conforma un tercer relato que

encadena y produce una nueva frase. Hubiera sido deseable, eso sí, una edición más generosa en la diagramación y disposición estética de las imágenes, ello hubiera contribuido al despliegue más fecundo de ese tercer relato, sobre todo porque se trata de planos, bocetos y fotos de valor también documental que hilvanan otros aspectos del acontecimiento moderno en la arquitectura chilena. Esperamos que una segunda edición corrija esta parquedad editorial.

Para finalizar, no nos queda más que felicitar el trabajo de investigación histórica que el profesor Max Aguirre González nos brinda, invitándonos a conocer un momento crucial en la definición de Chile como nación moderna y el peso de la arquitectura y los arquitectos en ella; su trabajo es también un aporte a la reflexión sobre el Chile contemporáneo y los modos en que la racionalidad económica del pasado, rearticulada y mundializada opera y se reproduce hoy en las «viviendas sociales» (esas minúsculas y serializadas casas de subsidio) o en los cientos de edificios todos iguales, comprados a crédito (en los que ya no existen los espacios para libros en su interior, ni para áreas verdes en su exterior; minimizar espacio para ganar más dinero es la consigna) y en la política de segregación espacial (comunidades y clases sociales adosadas a ellas). Desde ahí, desde esas desigualdades, este libro nos devela otras propias del período que trata, pero cuyos ecos todavía escuchamos: me refiero a que los actores de los cambios de la modernidad arquitectónica son solo hombres (no hay ninguna mención a alguna arquitecta mujer y ello quizás se deba a la primaria inserción de la profesión en ingeniería), y como ya dijimos las decisiones sobre el habitar no consideraron —ni consideran— las cosmovisiones ni deseos de quienes ocupan las casas, las calles, los edificios públicos. Este texto, como señala el autor, pone de manifiesto cómo el cambio espacial de esa época se instala en tanto referente y modo de pensar y «*consolida el pensamiento racional científico, base de la cultura de la modernidad*» y nos permite, a través de esas fases negras del acontecimiento mirar críticamente su pasmosa y alucinada reconfiguración actual.